

Adriana Amante

LAS ESCUELAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ADRIANA AMANTE
LAS ESCUELAS

Índice

Mi vecino	9
Los rubios	17
El óvalo	23
Las tres A	31
Lunes otra vez	39
El 103	45
Iconoclastas hippies	51
In medias res	59
La furia de los vientos	67
Top secret	77
Como delfín en el agua	83
La bomba	91
Los agregados	99
El lenguaje de la política	107

Comprate un burro	115
Fotos	123
La bruja, mamá, la bruja	129
La videncia	139
Efectos Mandela	145
Bautismo de fuego	155
Adiós muchachos	165
El peso de la historia	173

MI VECINO

No, ni idea. El asunto surgió porque el pibe quiso saber más. Hacía poco que había entrado en la Escuela. A mi papá le daba lástima porque lo conocíamos desde que era chiquito. En vez de hacer el secundario, que no le gustaba, decía que ahí mataba dos pájaros de un tiro, que en esa escuela hacía algo parecido pero con salida laboral. Tengo tres recuerdos nítidos de él. En uno lo veo de gorra, guantes blancos y cinturón dorado de hilo grueso trenzado, saliendo a fanfarronear un poco por el barrio y viniendo especialmente a saludar a mi casa para que lo viéramos de uniforme; por eso esperó que fuera la hora en que mi papá ya hubiera vuelto del trabajo. Esa imagen se me mezcla un poco con la del día en que surgió el tema, pero no creo que sea el mismo.

El más bizarro de los recuerdos es de cuando yo estaba en jardín. Él y mi hermano ya iban a la primaria y a mi mamá no se le ocurrió mejor cosa que aprovechar que el tío del pibe este lo llevaba a la escuela a la mañana y le venía cómodo que algunos días fuéramos con él. El tío

trabajaba en una funeraria, así que nos pasaba a buscar, cuando todavía estaba oscuro, con el coche que llevaba a los muertos. A mi hermano le resultaba gracioso, o se hacía el relajado; a mí me aterraba. Claro que esas mañanas no traía nada; pero recuerdo perfecto que el tipo se divertía abriendo la cortinita que separaba la parte de atrás, la de la carga, digamos, de la parte delantera del auto en el que nos apretujábamos el chico, mi hermano y yo, ubicados del lado del acompañante. Recuerdo que la cortinita era roja, o quizás eso lo estoy inventando ahora. Astuto, o típico de hermano mayor, el mío se solidarizaba más con el tío gracioso que con mi susto, que duraba las diez larguísimas cuerdas que nos separaban de esa escuela católica a la que mis padres nos mandaban, aunque nunca entendí del todo por qué, donde mi hermano hizo la primaria y yo, por suerte, solo el jardín de infantes.

La vez que saltó la cuestión ya éramos más grandecitos. Sobre todo mi vecino, que me llevaba tres años, igual que mi hermano; y yo acababa de entrar al secundario. Al chico este le interesaba particularmente mi nuevo colegio. Se volvió empático conmigo como si nos uniera un objetivo común o un futuro promisorio. La cosa es que me hacía preguntas específicas cuya importancia yo no lograba descifrar del todo; pero sí me daba cuenta de que a él le servían mis respuestas, aunque parecieran o incluso fueran intrascendentes. De los hijos de civiles de los que me había hecho amigo no me preguntó prácticamente nada ese día.

Pero sí, como ubicándolos en diagramas de Venn, me iba preguntando por los del Ejército o los de la Fuerza Aérea. Me parece que de ese modo disimulaba, porque su interés principal lo tenía puesto más que nada en los de la Marina. Era lógico, porque él iba a la Escuela. Así que no sé por qué fingía que también quería saber de los demás, aunque puede que algún que otro nombre igual le resultara relevante. Yo le había tirado algunos al azar porque no tenía tan claro en qué diagrama debíamos poner el apellido de muchos de mis nuevos compañeros. Él era muy muy ordenado y prolijo (con su pelo rubio sobre todo, ya desde que era chiquito, incluso antes de entrar en la Escuela, como nos hizo notar muchas veces mi papá); y fue armando los conjuntos y apuntando incluso alguna que otra intersección. Hasta que en un momento, casi cuando terminábamos de pasar revista a la división completa, se le iluminó la cara. O sea: hasta ahí lo tenía bastante entretenido con el asunto, pero de pronto se produjo algo como de otra naturaleza: y no le bastaron las preguntas, sino que también abrió una serie de repreguntas, como si necesitara chequear que estábamos hablando de la misma persona. No porque creyera estar equivocado: él enseguida se dio cuenta. Creo que era más que nada una forma de convencerme a mí de la situación privilegiada en la que el destino me había colocado. Envidiable, histórica: todo un honor. Podía ser; pero mi amiga no me había comentado nada al respecto, así que no estaba en condiciones de confirmárselo ese día, que era

sábado, sino recién el lunes, cuando volviera a verla en la escuela, porque la relación era reciente y todavía no hablabamos tanto por teléfono como uno o dos meses más tarde.

No sé cuánta atención le prestaba a la conversación mi mamá, que estaba con nosotros en la cocina terminando de preparar la cena y yo la tenía a mis espaldas; aunque, conociéndola, no hay manera de que haya estado del todo ajena por más atareada o concentrada en el estofado que se encontrara. El asunto es que a la noche, cuando yo ya estaba metida en la cama y ella vino a saludarme, tratábamos de adivinar por qué mi nueva amiga no me había dicho nada. Y la única respuesta que nos cerraba era la de su discreción. Lo que la enaltecía, a mi amiga digo, porque teniendo como tenía, por lo visto, tanto de qué jactarse justamente en esa época, lo mantenía como en secreto. Así que el consejo de mi mamá fue el de moverme con la misma discreción. Traté de hacerlo; pero no sé si me resultó del todo fácil porque yo tenía solo trece años y poca cancha en general. Así que el lunes, en el primer recreo, le pregunté si su papá trabajaba de eso que me había dicho mi vecino y si ocupaba ese puesto importante que el chico decía. Y ella, ruborizándose como solía cuando algo la sorprendía o la intimidaba o la enorgullecía, me dijo que sí con esa vocecita apenas audible de su timidez. Me dijo que por favor no dijera nada porque a ella le daba cosa que la gente creyera que se la quería dar de no sé qué; y que, como el papá estaba siempre tan absorbido por su trabajo y muy poco en la casa,

a los vecinos del edificio les habían dicho que era viajante de comercio. Por eso, y porque su mamá creía que además era un poco peligroso que cualquiera supiera de verdad de qué trabajaba. Que igual quién se iba a dar cuenta si ella no lo andaba diciendo por ahí a nadie; y que dado que ahora yo ya lo sabía, no tenía sentido mentirme, pero que le prometiera que iba a seguir actuando con ella como si nada. Que le daba mucho orgullo que su papá fuera el director de esa Escuela a la que iba mi vecino; pero que también la ponía colorada. Que los que sí lo sabían eran casi todos sus compañeros de la primaria, aunque de esos seguía viendo a muy poquitos; y que ahora que estábamos en el secundario, tenía la oportunidad de que no lo supiera casi nadie, salvo los que estuvieran muy en el asunto, y conocieran sobre las Fuerzas Armadas o sobre la Marina o sobre el gobierno, que en nuestra escuela eran casi todos, pero justamente todos los que sabían que hay cosas que no hay que decir.